

Comentario a Leon Petrażycki. La voz de la consciencia. Un ensayo sobre su vida*

Commentary on Leon Petrażycki. The voice of conscience. An Essay on His Life

Benito Grisanti

Universidad Carlos III de Madrid

hbenitogrisanti@gmail.com

Cita recomendada:

Grisanti, B. (2025). Comentario a Leon Petrażycki. La voz de la consciencia. Un ensayo sobre su vida. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 28, pp. 382–401.

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2025.9505>

Recibido / received: 09/04/2025
Aceptado / accepted: 21/04/2025

Sólo a raíz de complicadas circunstancias históricas, al igual que personales, es que se puede atribuir a Ehrlich, la idea de un derecho no-oficial.¹

Recuerdo las notas que tomaba, apresuradamente, Rafael Muñagorri, profesor de la Universidad de Nantes, sobre lo que le decía, mientras disfrutábamos un café en el hermoso pueblo de Oñati. Le comenté que encontraba gracioso, capaz muestra de las contradicciones humanas, que un país como Rusia, atrapada en los gobiernos autocráticos, desde los zares hasta Putin pasando por Stalin, haya originado las camadas de los pensadores más escépticos en contra del Estado y proclives a los valores humanistas. Dentro de ellos se sitúa Petrażycki. Al parecer, «los mismos hombres, que de cuando en cuando derriban un trono y pisotean la autoridad de los reyes, son los que se someten sin resistencia, cada vez más, a los menores caprichos de cualquier empleado» (Tocqueville, 1996, p. 27).

* A mi madre, por ayudarme a recuperar, sin proponérselo, mi pasión por la escritura.

¹ La cita original es de Adam Podgórecki, tal como aparece citada por K. Motyka (2023) en el capítulo *Leon Petrażyński and Adam Podgórecki*, en E. Fittipaldi & J. Treviño (Eds.), *Leon Petrażyński: Law, emotions, society* (pp. 61–xx). Routledge.

La idea de traducirlo se fraguó en mi primera reunión en Eunomía. En la universidad, en Madrid y en verano. En ese lugar, me asignaron la tarea de traducir «uno de esos autores tan raros» que me gustan. Y en ese instante, dio comienzo a la increíble aventura, a la vez que, imposible proyecto, de localizar a un ruso que hablara español y que, además, fuera académico. Idealmente, en derecho.

Idas y venidas, reuniones con una tal Anastasia, que trataba mi insistencia con un recelo digno de las mejores películas de espionaje y contraespionaje, forjaron el ambiente de hermetismo y cautela en el que iba transitando, tan alegremente, en la búsqueda de Leon Petrażycki.

Según parece, desde la época soviética la amabilidad es una sospecha y un signo de lo que el galicismo acuña como *naïvité*. Caló en la conciencia colectiva la necesidad de sustituir el lenguaje corporal y sus expresiones, por el automatismo y el trauma de encontrarse uno obligado a ignorar hasta su propio reflejo. Si la clásica falacia de generalización sigue siendo rentable da la impresión de que no se puede estar muy feliz en Moscú.

Peor aún, la prudencia de establecer una comunicación directa ocurrió en el contexto del ataque terrorista en Beslán, la persecución a la minoría caucásica, la guerra en Ucrania y el continuo derribo de las señales a la población. Se intuía casi, más que una traducción, la ejecución de un delito. Acto que iba dejando perplejos a todos aquellos que vivían dentro de esa opacidad y a los que, incansablemente, pedía ayuda.

Esta es, por tanto, la historia de las personas que me ayudaron a exponer luz, dirigida al público en español, sobre el padre oculto de la sociología del derecho y su teoría psicológica. Ahí, en su esfuerzo, en su empeño, reside el mérito: la primera traducción.

Si me encuentro obligado a tener que escribir algo, con gran satisfacción, es que esta traducción es el producto de la tenacidad de dos mujeres y su empatía: Daniela Arias y la poeta alemana-venezolana, Pamela Rahn. Este proyecto es tan de ellas como mío. En él, sólo falta una referencia de la que me encargaré más adelante. Baste decir que el ruso nunca apareció. Pero sí, apareció, algo de mayor importancia: los inalcanzables originales. El texto mágico imposible de ubicar atrapado dentro de la cultura del hermetismo.

Al rescate de los escritos, en uno de los momentos más difíciles del proyecto, se presentaron, los contactos de mis amigos comunistas. Por supuesto, no les dije que Petrażycki, además de ser el padre de la sociología jurídica, era también un liberal. Uno que estaba escondido, de todos los lugares imaginables, nada menos que en Rusia.

Frente a muchos de ellos, en los seminarios y Congresos de Lenin, agité el candor revolucionario y la exigencia ética de volver a los clásicos del marxismo. No sé por qué, pero eso suele ser siempre motivo de orgullo y respeto en sus círculos.

¿No son acaso las exigencias de los marxistas reductos de la moralidad? En este punto concreto de mi vida las siento como la cháchara de una voz que dicta instrucciones, que fluyen de una boca ancha que se aleja más y más.

Mi argumento era siempre el mismo: la vuelta al primer teórico marxista del derecho, Mikhail A. Reisner. Técnicamente, uno de los discípulos de Petrażycki y la forma, mediante la cual, se hizo conocido en nuestro medio. Se podría decir que la

propaganda ideológica era «aclarar y reivindicar las bases de la idea soviética del derecho».

Por fortuna, el discurso encontró los oídos de mi amiga María Benavidez quien, de un modo genuino (y sin etiquetarme como un agente de la CIA encubierto) realizó todas las gestiones necesarias para ponerme en contacto con un catador de vinos asentado en Rusia y su sobrina, Anaís.²

Para ser sincero agradecí que ya no tuve que explicar más quién era Reisner, en qué consistía el fetichismo de la mercancía en Pashukanis o por qué la teoría clasista de Stucka no poseía una base sociológica sino voluntarista. Me recuerdo adentrado, explicando teorías, en un viejo aparato que seguía en pie, extraña caricatura, en donde sus integrantes no habían pasado, en el mejor de los casos, de la teoría de Estado en Lenin.

Sobre todo, en esa carcasa, evoco la oportunidad en la que ocho brasileñas de la Universidad de Sao Paulo me hicieron tragarme la lectura literal de sus presentaciones, una detrás de otra, en una tortura peor (y de eso estoy seguro) que cualquiera de esa institución llamada Inquisición. El escenario era sin duda surrealista y cuestioné a Petrażycki, a la doctrina jurídica y, en general, a todas las decisiones de vida que me habían llevado a ese sitio.

María y Anaís me salvaron de seguir ahí. La una porque vio en el aparato comunista cubano un medio inferior para realizar sus ideales, la otra, porque vivía en un mundo completamente alejado del marxismo.

Anaís fue la que consiguió los manuscritos y nos dio acceso a su *Teoría del Derecho y del Estado*. No sólo eso, ella y su tío propusieron ponerse en contacto con varias universidades, abogados, posibles traductores y, en especial, con personas cercanas a un Departamento de alguna universidad. También armó los presupuestos de una admirable cantidad de traductores, dentro de un sofisticado esquema, para poder enviar euros y que llegaran rublos (Actualmente, Rusia se encuentra fuera del sistema bancario internacional).

En ese sentido, me encuentro obligado a expresar que frente a los inconvenientes logísticos me llegó a ofrecer, costear, de su bolsillo, la traducción, a la espera de que la universidad aprobara (o no) los fondos.

Asimismo, otro punto álgido del proyecto fue tener que recibir la noticia, por parte de los académicos y profesores rusos, de que no podían colaborar con nosotros. Indagaciones, interés, promesas condujeron a impactar la pared y frenarse en seco. El gobierno había emitido la orden, detrás de ella, la prohibición, a las universidades de entablar vínculos con las instituciones de Occidente. Sí, las averiguaciones por la teoría psicológica del derecho levantaron cierta extrañeza e intriga, pero el miedo a la amenaza disipó las fuerzas. La excusa era la guerra en Ucrania. Ello, lo único que generó fue la determinación de hacer del mundo una expresión de la voluntad.

En virtud de lo anterior, Pamela Rahn entró en conversaciones con Natasa Durovicova, profesora del prestigioso programa de escritores de la Universidad de Iowa.³ Lo que permitió elevar la calidad del texto que presentamos. El Iowa Writer's

² Por exigencia expresa he alterado y modificado algunas situaciones, nombres y características con el fin de proteger la privacidad de ciertas personas. Esta es una interpretación subjetiva y personal de los hechos, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

³ Directora, también, de su taller de traducción.

Workshop y el International Writing Program han sido el punto de reunión de grandes escritores, ganadores del premio Pulitzer o del National Book Award, y en sus filas ha contado con la participación de autores como Tennessee Williams, Marlynne Robinson, Michael Cunningham, Jane Smiley, Flannery O'Connor, John Irving, Raymond Carver e, incluso, con la presencia de la premio Nobel de Literatura, Han Kang.

Gracias a su apoyo, conseguimos la asistencia de la traductora Daniela Arias. Doctoranda por la Universidad de Wisconsin-Madison. Egresada en Historia del Arte por la Universidad Estatal Rusa de Humanidades y especialista en el área de la cultura postsoviética, la teoría de la traducción literaria y la narrativa en Rusia.

A Daniela y Pamela, gracias por ser la razón de que uno de los juristas más importantes del siglo XX sea conocido por primera vez, en el foro español, en una traducción directa del ruso.

Leon Petrażycki es un escritor que acapara, de manera progresiva, las miradas de los juristas y sociólogos, al leerlo, no me extraña por qué. Existen hasta la fecha versiones alemanas, polacas e inglesas de algunas de sus obras y se prepara, dicen las malas lenguas, una edición francesa. Claro está: España no se podía quedar atrás. Eunomía, entrega una pequeña joya al medio.

En relación con ello, Daniela y yo hemos preparado la presente edición con algunas diferencias frente a otras ediciones. Desde el punto de vista de estilo, Daniela debido a su formación en el mundo de la literatura ha logrado una estética superior, que ningún jurista podía brindar, y que posibilita realzar la creatividad de Leon Petrażycki. Es decir, la profunda imaginación de sus ideas. Por otra parte, si bien, ella utilizó como referencia la traducción hecha en 1955 por la Universidad de Harvard (*Law and Morality: Leon Petrażycki*) a diferencia de ésta ofrecemos aquí un texto *íntegro* de los capítulos del libro y no, una versión condensada. De igual manera, nos ha parecido sensato no seguir algunas licencias que se tomó el traductor de esa edición y que no aparecen reflejadas en la versión original. Quisimos que nuestra adaptación dependiera del ruso en que fue escrito, no tanto de la imaginación del editor. En ese respecto, se puede consultar los comentarios críticos a la edición de Harvard hechos por Pitirim Sorokin en su reseña (Sorokin, 1956).

Por último, sólo falta el reconocimiento al merecido catedrático José María Sauca, mi profesor, quien, continuamente sigue viendo algo en mí, que yo todavía no descubro y quien, a diferencia de otros profesores, sobre todo, de la capital, entiende mejor la condición de emigrante. Es la razón que muchos de nosotros tenemos de contar con un espacio en medio de los que persiguen becas, los amiguismos, la endogamia y la cerrazón, de los otros y de los de aquí.

La academia ha perdido el norte. Se encuentra atrapada en las relaciones personales y en la financiación de monótonos proyectos de investigación, que nada dicen, porque nada aportan. Ese es el motivo, por el que autores como Lorenzo Peña les va mal y a otros bien.⁴ Nos hemos reducido a las campañas de mercadeo de las editoriales y lo único que resalta, hoy, son las ventas y el número de publicaciones. Lo que el anglicismo denomina *posicionamiento*.

⁴ Pese al hecho de que su estilo, particularmente oscuro, no es de mi agrado, considero que sus ideas merecen más reconocimiento del que han obtenido. Llegué a este autor gracias a mi amigo Pablo Cerame. Posiblemente, el mayor especialista de sus obras que hay en España.

Por ende, su labor es un recordatorio sincero de que aquí y no en otro lugar reside la verdadera academia.

1. Algunas consideraciones sobre la vida de Leon Petrażycki

1.1. La fractura del orden liberal

En el siglo XIX, Europa era un orden social consistente, aunque no monolítico. Dos guerras mundiales acabaron con la coherencia de esa idea y, prácticamente, nadie antes de 1913, fuera de los intelectuales, creía percibir algo negativo o malvado en la organización de la humanidad elaborada por su vanguardia. Como respuesta a una de las peores crisis de identidad colectiva, se empezaron a levantar tres posibles órdenes sociales que corrían un cauce paralelo: el liberal, transformado luego en democrático, el fascista y el comunista.

La ideología, la locura y el fervor religioso reconvertido en fervor político comenzó a jugar el papel principal en la vida de las personas. Y en ellos, se crearon los grandes fantasmas del irracionalismo. Siguiendo a Camus, los peores crímenes de sangre se adaptaron en exigencias de la lógica y en los axiomas de la justicia.

Se emprendió a construir sobre las movedizas arenas del vacío ético una moral que descansaba, en último recurso, en la pertenencia a un colectivo. Fuera la clase o la nación, era la membresía a un grupo lo que explicaba el valor de la persona.

La destrucción del tejido social que había creado el liberalismo europeo fue un momento duro para Europa y el mundo. Sin embargo, esta tampoco es una apología a ese orden. Como señaló Reinhard Bendix, él resultó incapaz de dar satisfacción adecuada a las pretensiones sociales de su época y bajo la ilusión de órdenes sociales mejores, posibles nuevas formas de organizar a la sociedad, se aventó Europa a la peripecia de lo desconocido.

Precisamente, a ese orden no se volvió, después de dos guerras mundiales y un genocidio, por la superioridad de ideas que él proveía sino por la *experiencia*. Todo indica que, en nuestra vida, las personas aprendemos por medio de lo traumático.

En un sentido similar, en su novela *Tiempos Recios*, Mario Vargas Llosa intentó ubicar el origen del atraso en Latinoamérica. Para ese propósito, ejecutó una interpretación de la historia y narró de una manera sublime la cronología del evento, del momento específico donde se desvaneció nuestro futuro.

Vargas Llosa apuntó como causa el golpe de Estado hecho por la CIA a Jacobo Árbenz. La novela la diseñó sobre las líneas de la torpeza estadounidense y el éxito del publicista de una compañía que ya no existe; su hábil manipulación del Departamento de Estado a través de la prensa de izquierda. Edward L. Bernays es el padre intelectual, quien inventó, las campañas que preveían en el New York Times y el Washington Post, de una presencia inexistente de la URSS en Guatemala. Era por supuesto una fabricación: una que impactó en el devenir de millones de personas y una, también, que, para los latinoamericanos de izquierda, es mejor ignorar.⁵

⁵ Culminada la independencia, gracias a Bolívar y San Martín, las figuras militares ocuparon un rol central en la conducción política. Su presencia en el Gobierno se normalizó y afianzó con el continuo fracaso de las nuevas naciones. Sin embargo, sería equivocado comparar a este tipo de militares con aquellos que pulularon en los setenta por el Cono Sur. Estos eran la consecuencia del estado de las cosas para la

El derrocamiento de Árbenz es el desencadenante de sesenta años de peroratas revolucionarias en el continente y el fuego que inspiró el rechazo a la democracia representativa. Después de él, Latinoamérica se partió en dos: o revoluciones comunistas o dictaduras militares. Si no se estaba de acuerdo con una, era porque se apoyaba a la otra. No quedaba otra opción porque lo importante era que el sistema político no fuese, o fuera cualquier cosa menos, la democracia liberal.⁶ En ese pasado, el argumento tenía la lógica que no dispone en el presente: para unos, la democracia era la máscara formal de la explotación, para los otros, la fuente del caos, el desorden y la violencia.⁷

En esta línea de pensamiento, creo que podemos estar de acuerdo en señalar que la fractura del orden social en Europa tiene como punto de origen a 1914 y la Primera Guerra Mundial. Al igual que Vargas Llosa, en su ensayo *Tres Mundos*, Nicholas Timasheff ambiciona exponer el derrumbe del Viejo Continente. Uno de los discípulos de Petrażycki, Timasheff, estructura su libro sobre la idea del conflicto y nos recuerda que la unidad de Europa es el signo distintivo de Occidente.

1.2. La expansión del principio democrático

Mientras Estados Unidos en el siglo XIX era un simple fragmento de la civilización, una antigua colonia buscando el sentido, Europa aparecía, a nuestros ojos, como se nos presenta el poderío de una montaña inagotable bañada por el sol. Todavía, estábamos lejos del estatus de potencia que alcanzaría gracias a la Segunda Guerra Mundial y distantes, también, estaban los europeos de subordinarse a los créditos americanos para su reconstrucción. Aún quedaban unos años a fin de que los libros de historia fueran testigos de cómo Patton y Eisenhower rescatan a Francia o para que los reportes de farándula asistieran a la soberana reprimenda que Sinatra atizó a los españoles.

En virtud de lo anterior, la noción de Europa no era un tema geográfico sino moral: una cultura construida sobre principios similares y las diferencias, aunque existían, eran las que se suelen encontrar en una misma familia. Salvo Turquía, la cultura europea se extendía y abarcaba a Rusia y otros representantes del este. Por lo menos, no resplandecía nuestra escisión moderna, tan profunda, que la corta y desplaza al fenómeno del antioccidente.

En el sentido político, sobrevivió, a grandes rasgos, dos sistemas en pugna. El primero, liderado por Inglaterra y Francia, consistía en Estados con la forma de

época, los otros, la radicalización de un movimiento que nunca debió existir. Por ejemplo, Eleazar López Contreras, quien recibió a la comunidad judía en Venezuela, frente a la amenaza de los nazis y el cierre del resto de los demás países, no encajaría en ese tipo de dictaduras. En ese sentido, Jacobo Árbenz o Isaías Medina, representaban la vertiente dentro del ejército que deseaba, influenciados por la expansión del principio democrático en Latinoamérica, abrir sus países a una democracia. Árbenz, aunque militar, había recibido las enseñanzas humanistas de su esposa. Buscaba realizar la reforma agraria y, con ella, la redistribución de unas tierras que eran prácticamente el monopolio de una sola empresa. Todo dentro de los parámetros democráticos. Un caso distinto, por ejemplo, sería el Perú de Velasco. Estos militares, contaron con la presión del resto de los militares reacios a modernizar a sus países, también con las influencias externas y las presiones de los propios partidos democráticos que ambicionaban una vía más directa y menos reformista hacia la democracia.

⁶ Una notable excepción a esta lógica sería el socialdemócrata Rómulo Betancourt. Habiéndose ganado el odio, por igual, de Trujillo y Fidel Castro, impresiona, el desconocimiento que persiste sobre su gobierno y, en general, de aquellos que trataron establecer una democracia en América del Sur. El ejemplo de racionalidad objetiva, parece, que no se inserta del todo en el prototipo de lo que, para algunos, un sistema político debería ser por esos lugares.

⁷ Hoy día, en el presente, creo que existimos las voces suficientes de un movimiento que exige para sus países algo más sobrio y, algo, desde el punto de vista intelectual, más elegante y sofisticado: una democracia compleja y la estabilidad económica de un modelo de crecimiento sostenido.

monarquía parlamentaria o constitucional. El principio democrático, advirtió Tocqueville a sus contemporáneos, era inevitable. Bajo su influencia, el absolutismo observa, sin mucho margen de maniobra, cómo el populacho carcome el carácter sagrado de su legitimidad.

La demanda por limitar los poderes del monarca se hizo algo común, y resultaba cada vez más razonable abogar la reducción abierta de la institución a un rol ceremonial, sin influencia directa en la vida de sus países. Por esta razón, las monarquías se veían avanzando, a la fuerza, por un camino sin retorno, uno del cual no podían dar marcha atrás.

Los Estados europeos se distinguían por su disposición o reticencia hacia la idea democrática. Ya fuera un proceso lineal y progresivo o uno marcado por tumultos e inestabilidad, la democracia era, sin duda, el futuro de la humanidad, el sistema político que definiría el Porvenir.

Como señala Timasheff, no es del todo correcto menospreciar a estos Estados en su aproximación a la idea democrática. A pesar de su distancia frente al ideal de democracia plena, estos esfuerzos, sobre todo en el caso de Inglaterra, evidenciaban una vocación sincera de establecer gobiernos sobre la base de la *representación*. Que es, a su vez, la única forma viable de articular la democracia en el Estado moderno. Más importante, incluso, sus políticas descansaban, al final del día, en la *opinión pública*. Por tanto, en esas fechas se subsistía en medio de la transición de la autocracia hacia la democracia.

Justamente, Rusia pertenecía al segundo grupo de Estados. En la compañía del Imperio Austrohúngaro y Alemania, Rusia, componía el bastión final de la monarquía. Sin embargo, en ese siglo, la última de las grandes autocracias europeas había cedido a la presión popular que clamaba reformas. El principio democrático se expandía también en el este. Colocándose en los pasos de una monarquía dual, la nación eslava, había optado por una estructura intermedia entre la democracia y el despotismo ilustrado clásico.

La pieza clave está en realizar dos anotaciones. Primero, en el segundo grupo de países se había aceptado, a regañadientes, la idea de que la determinación de las políticas públicas radicaba en el *compromiso*. Los representantes de la monarquía hereditaria estaban obligados a llegar a algún tipo de acuerdo con la opinión pública.

La noción de un mandato en blanco, como en el pasado, era cada vez más difícil de articular y contaba con un creciente rechazo en la población. Representantes del Tercer Estado, élites ilustradas, grupos de presión o como se les quiera decir, lo cierto, es que los reinos ya no estaban bajo el control último de sus monarcas. Se les deslizaban de los dedos, hasta el extremo, que su incapacidad para comprenderlo y su voluntad de preservar el poder y de no hacerse a un lado, lo que terminaría sellando era su colapso inminente. Las monarquías que eligieron reformarse, sobrevivieron. Las que no, aquellas que optaron por subir el nivel de las tensiones o que simplemente eran incapaces de procesar lo que estaba sucediendo, fueron victimarios y luego víctimas, del inexorable paso de su propio destino.

La segunda aclaración, es que fuese de la manera que fuese, ese orden que habían establecido el segundo tipo de naciones, se asumía como *temporal*. Eventualmente, la distinción de Estados en esos dos grupos, se extinguiría. O al menos, eso creían, porque en general, dominaba en la mente de muchos pensadores la idea de que, en la lucha por la libertad política, la victoria final, estaría del lado de la democracia.

1.3. La religión del progreso

Desde el punto de vista económico, la unidad de Europa era incluso más sólida. Bajo tremendas raíces históricas, se había instalado en sus Estados el orden capitalista.

Un orden social justificado en el individuo significaba que la función comercial de sus sociedades era liderada por una miríada de emprendedores. La iniciativa privada, la propiedad en los medios de producción, la libertad contractual y la ganancia integraban el esquema de la vida económica. La intervención del Estado se condenaba, como uno de esos remanentes molestos del antiguo sistema de propiedad feudal.

Si Europa contó con alguna religión oficial en el siglo XIX, era esta: la libertad ilimitada del ser humano en sus actividades económicas es lo mejor para el bien común. Lo que favorece la prosperidad de todos.

Las miserias y las riquezas de los países acreditaban los logros de aquel siglo. La población europea se duplicó; en comparación con los siglos anteriores, el capital nacional de los Estados también se desbordó y el avance técnico hizo que la calidad de vida incrementara considerablemente. La humanidad construyó máquinas, tranvías, ferrocarriles y ciudades con electricidad.

En el plano cultural se abrió un espacio para la libertad. Ella convivía con la censura, pero la noción omnicompreensiva del veto era algo del pasado. Condenada a la desaparición en medio de escándalos, deseos de lo prohibido, popularidad; sólo se mantenía como un recordatorio de los países menos avanzados. Un alimento para la condescendencia de los ingleses.

En la filosofía, la literatura, el arte o la ciencia, el individuo contó con un mayor rango para presentar las obras de su ingenio y el reproche o la aprobación de su creación dependía, en última instancia, de la recepción por el espectador.

Por otro lado, antes de la Primera Guerra Mundial, la identidad europea era uniforme no sólo en el significado de que era libre e individualista sino porque su *contenido* estaba fundado en la historia de sus naciones. Europa es y representa la síntesis de los mundos de la antigüedad, el cristianismo, el feudalismo medieval, así como los períodos del Renacimiento, la Ilustración o la Época de las Máquinas. Cada uno de sus Estados, con variaciones, ofrecía y absorbía esa acumulación y, por ende, contribuía a otorgar una fuerte seguridad a su composición sociológica. El siglo XIX, se exhibió a sí mismo como el tamizado *per excellentiam*.

Hoy, en el corazón nacionalista de la batalla arancelaria y el miedo a los árabes, es inútil visualizarlo, pero existió una sociedad en la que las familias se movían con libertad por las fronteras. No había que dar explicaciones a la vecina, motivos de visita o armar, improvisado, el parentesco de los extranjeros fundacionales. Más allá de documentos legales, en nuestra sociedad moderna, el linaje, *exhibuit generis*, es el que actúa y ata como justificante al lugar de destino. Lo que lo describe a uno a la expectativa de aprobación.

El nacionalismo es el único legado sincero del siglo XX. Por las circunstancias que sean, válidas o irracionales, la filosofía del cosmopolitismo, expresión de la razón, lógica que aplaca al miedo, descansa en su tumba y en el sueño eterno.⁸ En el presente, a mis ojos, una sola isla y península aparece, el pueblo español, que como

⁸ Es ilustrativo, en ese sentido, el ensayo sobre el nacionalismo de Isaiah Berlin.

decía mi abuelo, es el más noble. El subestimado refugio de quienes vivimos sin arraigo y en la ausencia, por encima de las acusaciones de xenofobia que muchos latinoamericanos lanzan frente a España.⁹

Esto no fue siempre así. La línea divisoria de los países en el siglo XIX, era una sugerencia en opinión de los aventureros y una invitación para empezar de cero o rearmar la vida en silencio. En el peor de los casos, las trabas eran excusa momentánea de la expansión y las guerras. La regla establecía libertad plena de circulación y la frase libre tránsito poseía significado.

Ilimitadas posibilidades de movimiento, libertad, agrupaciones, reagrupaciones, elección, cambio o estabilidad. La nula presencia de obligaciones en la aduana facilitó el intercambio libre de mercancías y, con ello, floreció el comercio. Las ideas se difundían fuera y con soltura, contribuyendo a la síntesis de las culturas nacionales en la gran identidad europea.

Es verdad, ello hizo de Occidente la tierra del *homo economicus* de Adam Smith. El surgimiento de una cultura predominantemente económica. Con los complejos diagramas y sus proyecciones de los valores bursátiles, que el hombre moderno todavía resiente. Sin embargo, fuera de las críticas de los curas al capitalismo, los hombres se enorgullecían de los éxitos de su época y vaticinaban la seguridad de sus avances. Se dio luz a una verdadera religión del progreso que lo presentaba al estilo de una línea recta siempre ascendente, y de una vida sin tropiezos, en donde la unidad de Europa, la comprensión recíproca y la tendencia al desarrollo eran certezas.

Con cierta justicia, esa sociedad puede describirse como liberal, puesto que, su principal característica consistía en la libertad. Fuese esta, económica, política, cultural o personal, el centro de ella, representó en su tiempo el estado más avanzado de la civilización y la superación definitiva del orden patrimonial.

En aquel entonces, sólo un manto sombrío hacía contribución en persona: el espectro de la Internacional Socialista; con su promesa de destrucción violenta de todo orden existente. Irónicamente, esa amenaza también era la misma en toda Europa. No obstante, al margen de su movimiento, el hombre común no presentía ninguna razón de peso para abandonar los triunfos de un orden que había supuesto magnífico.

1.4. La crisis colectiva del alma europea

Todo ha muerto, no tiene salvación. Si ves alguna, piensa en ella y la dices, mientras yo salgo a fumarme un cigarrillo.¹⁰

En el año 1938 la unidad de Europa era un recuerdo. Ella y Occidente avanzaban sentidos contrapuestos y el término evocaba, sin trascender, la topografía como concepto. A pesar de la victoria del principio democrático en la Primera Guerra Mundial, sólo continuaban siendo democracias reales once de los veinticinco Estados originales. Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y Suiza, entremezcladas, con las

⁹ Habría que ver como tratan ellos a sus extranjeros. A mí, España, me ha entregado todo lo que tiene y, a la vez, incluso, aquello que le falta.

¹⁰ Las palabras son de Petrażyński y fueron recuperadas por A. A. Merezko en su artículo de 2012. Véase: Merezko, A. A. (2012). *The mystery of a legal philosopher's death: L. I. Petrażyński*. *Journal of Comparative Law*, 7(1), 108–114.

naciones escandinavas y los desiertos de Estonia y Checoslovaquia, en un mar de dictaduras.

Sin pretensiones de liderar a las naciones hacia el progreso, el resto de países, se amoldó al feroz puño de la dictadura y sus patrones. A veces, con la influencia de los nuevos estilos fascistas o comunistas, otras, recurriendo a la vieja autocracia. Sin ningún tipo de vergüenza, los totalitarismos de derecha e izquierda se enseñaban radiantes como los tipos ideales al que el autócrata de turno debía desplazarse.

En tan sólo veinte años, los prospectos del suicidio colectivo eran una realidad. Como apunta Timasheff, la brecha, entre las democracias y las nuevas dictaduras hacía palidecer a la diferenciación entre las monarquías duales y las parlamentarias.

En el minado campo del vaivén europeo, que se movía de una democracia a las dictaduras y viceversa, de modo errático y sin ningún sistema coherente, nadie mencionaba la fe en el progreso. Los sistemas políticos fueron frágiles e inestables y, detrás de ellos, la composición sociológica de los órdenes sociales poseía la firmeza de los castillos de naipes.

Ocupando la mitad del territorio, Rusia, escupió sobre el cadáver de la constitución individualista de la sociedad occidental, o lo que quedaba, y decidió optar, con determinación, por el modelo colectivo que predicaban los socialistas. Con el paso del tiempo, estos, se desligarían del ejemplo que muchos de los suyos defendieron y lo tratarían con asco. Algunos dirán que es expresión de lo vulgar, una escisión marcada del entendimiento del marxismo propugnada por Lukács o una incompreensión que facilita la continuación de la panacea, pero lo que es cierto, lo verdadero, es que ellos, los rusos, hicieron lo que su teoría económica les exigía: abolir la propiedad privada de los medios de producción y subvertir la estructura de clases. Que hayan logrado suprimir la desigualdad de la naturaleza humana o reconstituir, mediante la abstracción, la complejidad de una comunidad, es otra historia.

A pesar de esto, el comunismo no se encontraba deambulando sin compañía. Junto a él, un flamante nuevo credo de organización se abrió paso y pisó fuerte. Sus demagogos también agitaron las banderas de una sociedad perfecta y sin clases, donde fuera de los sacerdotes, en el todo homogéneo de la nación y parafraseando a Paul Éluard, tampoco existirían «las putas ni los ladrones».

En otros países, la propiedad privada de los medios de producción, sus círculos conservadores y las grandes fortunas se aliaron con el Estado. Hasta el extremo absurdo de ubicar, con los labios cerrados, la dirección de la economía en las manos de sus líderes racistas. En ellos, aupados por militares y resentimientos imaginarios, contra el mundo, se preparó la guerra.

En el siglo XX se apagó la libertad cultural. Dentro del ámbito artístico e intelectual, los totalitarismos concibieron la gestión administrativa de la cultura. Ella ya no consistía en el quehacer de los individuos libres sino de las agencias del Estado. Un arte autorizado, un deporte oficial, una literatura borrada de cualquier esencia e instrumentalizada para los fines de la propaganda. Este contenido acabaría por arrebatar las barreras y los reductos, que frente a la vieja censura se habían alzado.

En Rusia, progenitora de la noción de cultura oficial, se abrió paso la propagación del «proletariado internacional». Las dictaduras fascistas seguirían su ejemplo. Los tópicos de igualdad, luchas de clases, sacrificio nacional, Iglesia, se reconducirían, fatalmente, en mitad de los aplausos, al culto de la personalidad. El

líder se convirtió en la silueta hipostasiada de la sociedad. La boca que, mediante gritos, la expresa al unísono.

Con la extinción de lo uniforme, se desvaneció la aspiración a una solidaridad europea. Se volvió difícil viajar y cruzar las fronteras. Prácticamente imposible para algunos. Se coordinaron visas, permisos, justificaciones de residencia. Desapareció la circulación abierta por el continente e incrementaron los trámites burocráticos.

Asimismo, la idea del comercio, el intercambio libre de mercancías, se apretó de modo consistente. Hasta la importación de libros extranjeros cesó de manera abrupta. Y con ellos, los periódicos de otros países. En los países más avanzados, se celebraron fogatas bajo el calor de la raza superior, que ya no dependía de la lectura.

En general, en la Europa moderna, el ambiente que se respiraba era el del encierro. En donde, a diferencia del pasado, de la malévola sociedad liberal, el desplazamiento libre de las ideas no era una opción.

En el aspecto de la cohesión, como lo expresó la guerra, en sustitución de una misma familia, Europa se troceó en tres bloques aislados. La sociedad liberal de las once democracias, la colectividad comunista en Rusia y la masa fascista en Italia, Alemania, España y Polonia.

1.5. La fuga

La divergencia entre el orden liberal de 1913, con todo un siglo por detrás, y el orden del totalitarismo, es todavía más audaz, cuando partimos del hecho de que, con posterioridad a la Gran Guerra, los principios liberales y la democracia, parecían haber conseguido la conquista de sus valores frente a las autocracias.

Pero los hombres saben, que como pensaba aquella tarde el Bien, «las cosas no son tan simples». Todos saben que él, en ciertas ocasiones se oculta detrás del mal.¹¹

En ese sentido, en el siglo pasado dio comienzo a un movimiento que ambicionaba, deseaba, sustraerse del orden liberal del siglo XIX. La distancia la encendió los breves regímenes comunistas de Bavaria y Hungría (1919). En 1920, Bulgaria también experimentaría lo suyo. La nación de las mujeres fuertes dio luz a la dictadura campesina. Por fortuna, frente al embate inicial, el orden liberal se mantuvo firme.

El 28 de octubre de 1922, Benito Mussolini trajo al mundo el fascismo. En 1923, Primo de Rivera con su *pronunciamiento*, lo seguirá. En 1926, Pilsudski iniciará el trayecto que después de su muerte, colocará a Polonia en la senda del fascismo. En 1926, Lituania sería la sede del golpe de Estado del profesor Voldemaras y sus lobos de hierro. Como narra Timasheff, Smetona, lo desplazaría y en ese país, asumirá el liderazgo de la Unión Nacional. En 1928, Yugoslavia y Portugal (con Carmona y Salazar).

Sin embargo, el momento cumbre tuvo su origen con el ascenso de Hitler en Alemania en 1933. Ello originó una cascada de países deseosos por afiliarse a este movimiento. La sociedad civil del liberalismo se desangró. Estonia, Lituania y Bulgaria en el treinta y cuatro, Grecia en el treinta y seis, Rumanía en el treinta y siete.

¹¹ Augusto Monterroso, Monólogo del Bien.

En Bulgaria la conversión al fascismo resultó atípica: un golpe de Estado del coronel Kimon Gueorguieff (Georgiev), la puso en marcha, no obstante, el hábil rey Boris fue constantemente cambiando al jefe de gobierno, hasta conseguir que el poder fuese suyo en la práctica.

Lo mismo aconteció en Rumanía con el Rey Carlos Segundo. Primero, promocionó al partido antisemita de Goga con el Frente de Renacimiento Nacional, tomó el poder, para luego, en 1940, ser desplazado por el Partido Nacional.

Por su parte, en una primera etapa, Grecia osciló entre la Monarquía y la República. De extraña manera intentó establecer mediante otro golpe de Estado, un régimen parlamentario al estilo inglés con el Rey Jorge Segundo. Hasta que el General Metaxás, antes de los resultados del referéndum, en agosto de 1936, fundó un régimen de raigambre fascista. En Austria en 1934, el Canciller Dollfuss trató de transformar a ese país en un Estado cristiano bajo la influencia de la doctrina social de la Iglesia Católica. En 1938, sería anexada.

Alemania, Italia, España y Polonia. Luego Checoslovaquia con el modelo impuesto por los nazis. La Francia de Vichy, la España de Franco. En resumen, tal como subrayó Timasheff, se puede concluir la inestabilidad de los sistemas políticos europeos afirmando: que nada menos que la suma de quince de los Estados en Europa, en un período de veinte años, traicionó y cambió *veinticuatro* veces su compromiso con un específico orden de organización social (Timasheff, 1946, p. 14).

2. Rusia en su contexto

Como pocos, Petrażycki sufrió el ocaso de una era.¹² Antes de su nacimiento, Rusia constituyó el epicentro de las reformas sociales más audaces de la historia de su imperio. Para bien o para mal, el cambio trazó la suerte de la dinastía Romanov.

Con el reino de Pedro el Grande en el siglo XVIII, la tierra de los zares se abrió, por primera vez, a la influencia de Occidente. Catalina la Grande continuó y amplió la tendencia recibiendo las ideas ilustradas. Desde luego, la recepción y su proclividad siempre fue limitada, pero al menos, Rusia dejó de ser por un momento, ese pequeño continente aislado, que había sido con Iván el Terrible y Mijaíl Romanov, marcado y moldeado por el peso religioso del eslavismo.

Las grandes reformas de Alejandro Segundo, o en todo caso, las reformas etiquetadas de grandes, como todo en ese lugar, perseguían transformar al país en una sociedad moderna bajo el ejemplo de Pedro y Catalina.

El instante sonoro lo abrió el Acta de Emancipación en 1861. Abolió la servidumbre y con ella, liberó a cincuenta y dos millones de personas. Atrapadas en el patrimonialismo medieval, el Acta les concedió el derecho de adquirir la tierra. En la realidad, esta transformación hizo poco o nada para elevar las condiciones de la mayoría de los rusos. Primero, porque ella no dio lugar a la propiedad individual de las familias campesinas, sino a los llamados *mirs* y su estructura agrícola colectiva. La tierra se dividía y se distribuía, cierto número de años, a la unidad administrativa. Teniendo los efectos que siempre ha tenido la propiedad colectiva de las cosas. Segundo, incluso, con posterioridad a la «liberación», los campesinos rusos, los siervos que componían más del ochenta por ciento de la población, permanecieron

¹² La víctima de este quiebre, su vida y desenlace es el producto inconsciente de estas fuerzas impersonales que se movieron hasta destruirlo.

en la desconfianza y simple intrascendencia, de sus nuevos derechos civiles y de la legislación. Por ello, optaron por continuar con la conocida carga de su tradición.

El segundo grupo de reformas, menos sonoras, pero de mayor impacto, fueron las judiciales. En 1864, Alejandro, se propuso hacer del confuso y arbitrario sistema de justicia, uno de los más avanzados y progresistas de Europa. Introdujo, vía legislación, el principio de igualdad frente a la ley y el juicio público. Combinó en un centro común, los patrones de organización judicial ingleses y franceses: para los casos criminales severos introdujo la institución del jurado. En la cabeza, se erigió una Corte Suprema al estilo de la *cour de cassation* francesa.

Todos los jueces por encima del rango de los funcionarios de paz, empezaron a ser designados de modo vitalicio y se les proporcionó uno de los pilares del Estado de Derecho: la independencia frente al poder ejecutivo. Libres de la interferencia del Gobierno, estos cambios, encarnaron un marcado éxito, uno que, sin embargo, a la larga, también naufragaría.

Las reformas de 1860, introdujeron por otra parte, los principios de autogobierno en los distritos rurales, en las provincias y en los pueblos. Para sorpresa de muchos, coexistió una vocación y un profundo espíritu de servicio social en las personas que se eligieron para las agencias de los gobiernos locales.

La antigua noción de dictadura de los griegos, aquella que la definía como cooptación de la sociedad por los intereses de clase, estaba del todo ausente, en los pequeños magistrados y servidores públicos que ambicionaban, más allá de las conveniencias personales, ser útiles a su país.

Rusia caminaba tranquila en los pasos de un despotismo ilustrado. Con alguna que otra salvajada, como su trato a los polacos, en las extensas e importantes esferas de la actividad del poder judicial y los órganos de autogobierno, las decisiones y los actos parecían ya no depender de los cambios de humor del monarca.

Incluso, durante su reino, el zar Alejandro, ponderó una Constitución cimentada sobre la base de la cooperación entre el Gobierno y los órganos electos. Sin embargo, el mismo día en que había firmado el manifiesto de la nueva Constitución, fue asesinado por revolucionarios nihilistas (acérrimos enemigos de la reforma pacífica).

Un tercer período de grandes reformas lo inauguró la segunda mitad del reinado de Nicolás Segundo. Debido a la derrota en la guerra contra Japón y su presión, la monarquía fue forzada a abdicar. En su lugar, apareció la Cámara de los Representantes, el Estado de Duma (1905-1906). Después de su conformación, ninguna ley podía ser aprobada o traída a la vida sin el consentimiento de esta Cámara. Pese a esto, Rusia no se había convertido en una democracia.

Estaba distante a serlo: la creación de partidos y el respectivo acceso de la población a las elecciones era desigual y restringido. Además, el emperador retuvo su derecho al veto de las leyes. La reciente estructura política estuvo siempre separada de un funcionamiento tranquilo. De todas maneras, un difícil paso hacia el principio democrático se había dado: la pequeña posibilidad de un sufragio cada vez más ancho y una aproximación en pro al tipo de monarquía parlamentaria.

No todo fue color de rosas en el reino de Alejandro y su modernización. Como veremos adelante, la vida de Petrażycki estuvo alterada y sellada por un hecho anterior a él: la anexión de Polonia.

3. Vida

A pesar de la pobreza en sus últimos años, los esquemas biográficos de Leon Petrażycki hacen énfasis en que descendía de los nobles. Sin embargo, su carácter aristocrático es peculiar: durante el reino de Miguel Primero en la Mancomunidad Polaca-Lituana (1669-1673), Miguel, concedió a su tataratatarabuelo, Alexander, el título de *Stolnik*. Una distinción que en ese contexto se puede entender corresponde al encargado de preparar la mesa real, administrar los banquetes y otro tipo de ceremonias. Básicamente, se le asignaba a los jóvenes nobles que se ocupaban de servir y atender a los reyes y sus cortes.

Algunas veces con funciones administrativas o eclesiásticas, en Rusia, más que en Polonia, el título ostentaba una dignidad superior a la de su contraparte: el copero o aquel que sostenía la copa.

Es curioso, porque la ilusión de realeza proviene muchas veces del sobredimensionamiento de las historias familiares. Especialmente, de las anécdotas que se cuentan en tiempos difíciles, y que evocan los años dorados. El triste fundamento de la superioridad es aferrarse a logros y éxitos de algún pariente lejano, por encima de los propios. Ese no era el caso de Petrażycki, quien exhibía un orgullo genuino de sus raíces, pero sí, lamentablemente, el de muchas personas: aún conservo en mi memoria el recuerdo de una señora, en medio de la hiperinflación en Venezuela, que defendía la vanidad de un apellido que nadie conocía.

Lo cierto es que, la historia concreta de Alexander, el mayordomo de la mesa real, es irrelevante. Haya sido el título honorario de un noble en ascenso o el obsequio del rey a quien lo atendió tan bien, la realidad es que de él, la familia extrajo sus propiedades.

Como lo volvería a ser en el XIX y en el XX, en el siglo XVIII, Polonia se repartió entre varios países. Los terrenos del clan Petrażycki pasaron a pertenecer a Rusia y cambió de golpe su nacionalidad. Durante la anexión, a fin de conservar sus privilegios, la nobleza polaca debía inscribirse en la Asamblea Provisional de Nobles, demostrando la adquisición legítima de su estatus y propiedades con pruebas y documentos. La decisión oficial demoró hasta el año 1850. Ese año, el gobierno ruso emitió el decreto que aceptaba la condición de noble de Jozef, el padre de Leon.

Jozef se casaría con Rosalia Czarmocka, también de alcurnia y ambos se asentarían en lo que es hoy el territorio de Bielorrusia. Ahí, el matrimonio tuvo cuatro hijos: Michalina, Seweryn, Jadwiga y, el menor de todos, Leon. Leon nació el 29 de abril de 1867 en el pueblo de Kollatajewo (Vitebsk). Asimismo, fue bautizado en la parroquia católica Czeryków (actualmente Polonia).

Es interesante notar que, desde el punto de vista político, Petrażycki compartiría un destino similar al de su padre. Precisamente, años antes de su nacimiento, en enero de 1863, había tenido lugar la sublevación polaca contra el Imperio Ruso.

La reacción fue brutal. Una de esas respuestas que acerca a los hombres a la condición de animales. Los polacos fueron colgados, ejecutados, encarcelados y exiliados a las partes más remotas de Siberia. Sus propiedades, confiscadas por la Corona. El responsable era el zar Alejandro Segundo, conocido en Rusia como Alejandro el «liberador».

Ejecutor de las «grandes» reformas de 1861 y 1864 y según algunos, «génesis» del liberalismo en Rusia, Alejandro estableció una política de Estado que sería, en el futuro, reminiscencia de cómo los rusos conducen la guerra. Al igual que Stalin cuando ordenó como instrumento de guerra, la violación de las mujeres alemanas para romper su espíritu, el autócrata eslavo, hizo uso de tácticas represivas con el propósito de instalar el miedo y así evitar, una nueva revuelta.

En ese marco, para la primavera de 1863, la rebelión polaca se había transformado en una guerra de guerrillas y se llevaba a cabo en las regiones de Minsk y Vitebsk. Esta última, el lugar de residencia de los Petrażycki.

Bajo la acusación de que él y su esposa habían prestado auxilio a los rebeldes, Jozef fue arrestado por las tropas imperiales y enviado a prisión. Sólo saldría de ella gracias a los esfuerzos de su esposa, no sin antes ver comprometida su salud por aquellos meses de cautiverio.¹³

4. Universidad

Tras la muerte de su marido, Rosalia y sus hijos se mudaron a la casa de la abuela en Ledniewicze. Unos años después, mientras la familia continuaba su camino hacia Varsovia, León, el menor, permanecería al cuidado de su abuela y de sus tías.

Creció en un hogar femenino, dirigido por mujeres y en una gran soledad. Sus amigos eran los pájaros que rescataba, unos cuervos y unos perros. Hasta el punto de que como escribe un familiar: «cuando llegó la hora de irse, no tenía a nadie que lo despidiera».

La sensibilidad y la inteligencia lo acompañaron durante toda su vida. Desde niño, su natural habilidad para los idiomas se hizo evidente cuando aprendió el francés a través de los libros que su abuela recitaba.

Creo que lo que más me ha sorprendido descubrir es la gran soledad de su infancia, sin amigos, salvo su abuela. Tomando en cuenta el peso de esos años en las ideas de una persona, de qué sitio habrán surgido sus inclinaciones sociológicas. ¿Cómo de la soledad nace una necesidad de escribir una teoría sociológica elaborada sobre el individuo como centro y el amor como el fin último? ¿Había influido su niñez en su sensibilidad y su apreciación por la doctrina del amor al prójimo o es simplemente ésta una de las expresiones particulares del carácter eslavo y sus filosofías históricas?

En todos sus estudios se destacó por la excelencia. En 1885, se graduó del colegio con honores y se inscribió en la universidad de Kiev. Originalmente, estudiante de medicina, después de dos años, optó por cambiarse a derecho. Su especialización estaba dirigida a las filas del derecho romano y mientras era un estudiante, ante la ausencia de un buen manual en ruso, decidió traducir del alemán, la obra del romanista Julius Baron (Pandekten).

Gracias a su desempeño en los cursos le concedieron el honor de «aspirante a profesor», por ello, después de graduarse fue seleccionado por el ministro de educación para que integrara un seminario especial de derecho romano en Berlín.

¹³ Como gesto final, antes de su muerte, Jozef consiguió registrar a su hijo frente a la Asamblea de Nobles en Minsk, para que pudiera llevar el apellido. Fue añadido al registro en 1877 y a partir de ahí, cada vez que escribía en alemán empezó a utilizar el término von.

En 1896, defendería su tesis de maestría y al año siguiente formaría parte del profesorado de la Universidad de San Petersburgo. Donde permanecería los próximos veinte años. En 1901, finalizado su doctorado ascendería a la condición de titular. En la cátedra de filosofía del derecho (previamente a cargo de otro gran liberal ruso, Nikolai Korkunov).

5. Fallecimiento

La llama que había encendido tan brillante, empezó a achicarse y él ya no tuvo el brío de agitarla.¹⁴

Su muerte no sorprendió a nadie. Revolver en mano, el 15 de mayo de 1931, se pegó un tiro y con él se llevó los restos de la *intelligentsia* eslava. Hay, como en el suicidio de Koestler y su esposa, una estética y una innegable elegancia. Un síntoma de protesta frente a un siglo y el grito ahogado de un solitario, que prefirió morir antes de continuar vagando en los fondos más oscuros de la raza humana.

La salida voluntaria de este mundo, cuando ya lo hemos agotado y, observamos, con desidia, que él no nos puede ofrecer cosa distinta a la que es. La primera en notar el cuerpo fue María Grzegorzowska, una amiga de la familia. Se lo comunicó a su viuda.

Bajo el pretexto de una expedición de caza, Leon, había conseguido del coronel Tadeusz, el arma. Realizó los preparativos enviando a su esposa al relojero, para que no fuera testigo del acto. «La máquina ha dejado de funcionar», fue el lema que según ella se repetía una y otra vez en casa.

En el interesante ensayo, *El misterio de la muerte de un filósofo*, de Merezhko, se exponen las razones del suicidio. Si se desea, los motivos de un misterio que parece evidente.

La primera razón, reconstruida luego en sucesivas versiones, es la crisis de creatividad. A ella, se adscribe el sociólogo polaco Kojder. En opinión de este escritor, no es simple intrascendencia la selección de sus últimas palabras. Que la máquina se detuvo, engloba una profunda inspiración de que en un mundo sin creatividad es preferible morir antes de seguir existiendo.

El caso del pensador sin arraigo me recuerda a aquel poeta que se suicidó después de concluir que, a partir de los veinticuatro años, perdía sentido la vida. Dicho y hecho. En esta alternativa se incluyen varias cosas. La primera, es la pérdida de sus manuscritos. Los borradores de su obra maestra, su sociología del derecho, quedaron atrapados en el universo de los bolcheviques, para después ser destruidos en la inmolación de Varsovia hecha por los nazis. Tuvo que haber sido devastador perder de un golpe toda su biblioteca y encontrarse en la incapacidad de volver a escribir sus libros que, con tanto trabajo, sudor y lágrimas, había plasmado.

Su imaginación debió verse seriamente comprometida en la atmósfera de la Polonia nacionalista. Para un mundo malvado y esquizofrénico el exilio no era suficiente. Era preciso pasar al ataque de su condición.

¹⁴ Merezhko, A. A. (2012). *The mystery of a legal philosopher's death: L. I. Petrażyński*. Journal of Comparative Law, 7 (1), 108-114.

Ese espíritu trasnacional suyo, además, sin legitimar a los nacionalistas, fue el producto impuesto de extrañas circunstancias históricas que salían de su control. Incluso, que acontecieron antes de que naciera. Predeterminándolo sin reacción posible al cementerio.

Ello nos conduce a la segunda causa de su suicidio: su persecución en Polonia por retrasados. La misma vertiente de orgullo nacionalista que originalmente lo rechazó, es la que, a día de hoy, rescata su figura. Les quedará la fábula de Augusto Monterroso.

Con la importante omisión de Podgórecki, que lo defendió, la izquierda y la derecha compartieron la condena a su figura. Al menos, en la izquierda se encontró medianamente justificada: el puño de hierro de la ocupación estalinista. La execración burocrática y oficial de la teoría psicológica.

Luego de abandonar Rusia y distanciarse de su futuro, Petrażycki dejó sus papeles en la Universidad de San Petersburgo. Cuando se los solicitó al gobierno soviético, ignoraron la devolución. Tal parece que la deformación soviética de las nociones psicológicas hechas por Reisner, la supuesta conciencia legal del proletariado, no fue lo único que los comunistas le quitaron. Decía el filósofo colombiano, Gómez Dávila, que un revolucionario es un hombre que le da miedo robar sólo. Pashukanis haría lo mismo con su teoría de la desaparición del derecho.

Sin la oportunidad de reescribir sus libros, Leon, eligió retornar a su país de origen. El recibimiento fue vacío. La sociedad polaca lo veía a él y su naturaleza sensible, como un amante de las formas rusas. Como si él no hubiese apoyado con hechos la causa del movimiento de liberación o como si nunca hubiese ejecutado y liquidado las gestiones legales para hacer factible el gobierno autónomo de Polonia.

Un académico con reputación, no podía ni siquiera dar clases en la universidad. Lo redujeron a un apartamento y a un seminario en su propia casa. Con desafío y consecuencias, Petrażycki residió toda su vida en el polo opuesto del chauvinismo. Su deber era, siempre, defender «al humilde y al ofendido» sin importar su nacionalidad (Merezhko, 2012, p. 109).

Por supuesto, para la media de las personas que viven inmersos en el interés del grupo, el concepto de empatía es una información compleja. Cualquiera que ha experimentado la xenofobia conoce que las razones objetivas son secundarias y llegan a ser hasta intrascendentes. El rechazo a Petrażycki fue irracional. No importa que su país recuperara su autonomía como nación, el *quid* no podía ser otro que descargar el nacionalismo con el filósofo solitario y su esposa.

Tampoco importó que ese escritor, apoyó, motivo a sus ideas liberales la causa de la independencia. El verdadero patriota estaba en la obligación de tratarlo como un integrante de la fuerza aérea rusa, a punto de caer sobre las casas. Detrás de esta conducta, lo que se evidencia, más que la falta de confianza de la comunidad intelectual, era la franca envidia a la inteligencia de este autor.

El ofuscamiento es contradictorio porque mientras vivía en la Rusia Imperial, magnificó su ascendencia polaca. Su acento y la música que resonaba en su apartamento llevaba la impronta de sus padres. En Polonia, sin embargo, como paradigma de la audacia, Petrażycki se topaba reafirmando su afiliación a la cultura rusa. También pronunciaba el polaco con acento y en su residencia acogía a los emigrantes rusos. Tanto, que trazó a la maldición que había caído sobre Rusia como una actitud injusta, de una naturaleza humana sin luces. Es sorprendente que una

persona que pudo elegir entre la universidad de Oxford o la de Heidelberg, decidió irse, por sentimientos patrióticos, a la Universidad de Varsovia. Una elección sin reconocimiento en vida.

En este sentido, el nacionalismo lo sentenciaba en las palabras de un publicista: «el profesor Petrażycki se considera a sí mismo, un polaco. Es un nativo de la periferia. Un egresado de universidades rusas (...) un habitante de San Petersburgo. Se relaciona a Polonia como un involuntario e inconsciente extranjero benevolente. No conoce a Polonia, sus recursos y sus fuerzas, y no ha conseguido el éxito de hacer suyos los intereses del Estado» (Merezhko, 2012, p. 110).

Viviendo en la pobreza, la apatía y la enfermedad, la irrupción del régimen de Jozef Pilsudiki terminó por sofocarlo. Las embestidas nacionalistas continuaron. El jurista Znamierowski, integrante de los círculos conservadores y miembro de un histórico respeto, fue comparado, por uno de sus estudiantes de doctorado, como un escritor que a diferencia de Leon Petrażycki, «creó en Polonia y para Polonia». Mención aparte, al hecho de que el elogio se dirigía a quien se aseguró de otorgar el «fundamento» de la persecución (Merezhko, 2012, p. 110).

La raíz del odio era obvia: las debilidades liberales del padre de la teoría psicológica, menoscaban la autoridad del partido nacional-demócrata, al que Znamierowski estaba ligado. Igualmente, otras plumas se sumaban a la opinión colectiva. Rabski y Wasilewski, colaboradores de la prensa del partido, lo sentenciaron como «un polaco insuficiente». Ellos me recuerdan la frase de Vargas Llosa en su discurso Nobel: «polígrafos acostumbrados a juzgar a los demás desde su propia *pequeñez*».

Así, de ese modo, un académico sin mucha experiencia en las realidades de la política polaca se distinguió inmerso en mitad de una persecución incomprensible y, aunando al suicidio, empezó a aislarse.

La tercera versión la encabeza su discípulo Pitrim Sorokin: «oprimido por una de era de guerras y revoluciones», Petrażycki, experimentó la «destrucción de todo lo bueno» y la manifestación de todo lo cruel que habita en el alma del ser humano. «Sus intereses científicos lo condujeron a la convicción sobre la existencia del progreso y a la aproximación del ideal del amor. Luego, se desató una guerra, seguida por una revolución y más guerras civiles; la declinación de la cultura, de los estándares de la ética y el aplauso de la fuerza. Estos eventos oprimieron al idealista, quien, conociendo la psicología real de la gente, no pudo evitar comprender que el progreso se suspendería durante mucho tiempo. (...) en el costado de la declinación y la regresión moral (...) Petrażycki ya no tuvo la fuerza para hablar de ideales, el amor o sobre el progreso» (Merezhko, 2012, p. 111).

Parafraseando a Merezhko, Petrażycki, figura eminente en la política eslava y miembro del Estado de Duma, fue arrancado de la atmósfera que lo valoraba y comprendía. Al juicio de la Universidad de Varsovia y sus profesores, fue un inmigrante. Uno absorbido en la disociación.

Ante la ausencia de una esfera de simpatía, «el delicado psicólogo que había probado el progreso ético» y acreditado los «medios de la pedagogía social» tuvo que notar la pérdida del sentido de sus obras. La vida entera, el trabajo y una escritura sin propósito.

El testimonio de su amigo Guins narra la desconexión de su corazonada. En la Revolución de Febrero, Petrażycki fue nombrado senador. Poco a poco, iba

descartando la carga de su nuevo puesto y empezó a correr el rumor de una crisis espiritual. Su amigo, preocupado, lo visitó a su apartamento y descubrió que Petrażycki había puesto el empeño en hacer las maletas.

Frente al asombro y el alivio de no encontrar autenticidad en los rumores, Guins, le recordó, por medio de diatribas políticas, las responsabilidades cívicas de su nuevo cargo. «Ahí no estoy haciendo nada. Está todo perdido (...) lo único que me importa es salvar mis manuscritos y preparar mi partida (...) todo ha muerto, no tiene salvación. Si ves alguna, piensa en ella y la dices, mientras yo salgo a fumarme un cigarrillo» (Merezhko, 2012, p. 111).

Un mes después, el Senado sería abolido y Lenin se alzaba al mando del poder en Rusia. Su intuición y su poder analítico le permitieron leer correctamente el futuro. Veinte años más tarde, Guins volvería a hallar la misma mirada profunda de su maestro en un rostro hinchado y apagado.

Creo que es cierto lo que resalta Merezhko: la muerte de Petrażycki demuestra la fragilidad de un fenómeno especial, el destino de los intelectuales rusos después de la Revolución. «El simbolismo de su muerte (...) fue el colapso de la perspectiva ética del mundo» por parte de la élite culta en Rusia, sobreviviendo como pudo a los bolcheviques; y la expresión de protesta frente al indetenible avance de una nueva catástrofe. En la sombra de la Segunda Guerra Mundial, la religión del progreso que marcó la energía del siglo XIX, se había extinguido. Un trauma de ese calibre, haría dudar a cualquier doctrina de la realidad edificada sobre el amor como principio guía de su filosofía práctica (Merezhko, 2012, p. 112).

La última causa del suicidio tendría un espectro sobrenatural: la visita a un brujo. La ejecución de una prueba empírica que acabó mal. Poco antes de morir, Petrażycki, decidió comprobar los pilares científicos de sus convicciones y acudió a un vidente. El experimento era sencillo e infalible: el cartomántico tenía que descifrar el contenido de un sobre. En él, el científico había introducido un dibujo con una palabra y para asegurarse de que no hubiese trampas, le sostuvo la carta con la mano durante todo el experimento.

Intentos de intimidarlo y sorprenderlo, preguntándole si era posible que en el sobre estuviesen los objetos del cuarto, Petrażycki, no se esperaba la respuesta que le dio: «dentro hay un abedul». La selección de la palabra y la imagen era simbólica. Reflejaban la nostalgia del escritor por Rusia.

Un año después, lo volvió a visitar diciéndole que estaba cansado de la vida y confesándole que el experimento escapaba de su comprensión. Contrario a sus convicciones, Petrażycki había probado la ruptura de sus propias creencias científicas.

En cierto sentido, como mencionó Sorokin, su muerte fue el enlace primigenio de la cadena de muertes de «una legión entera de individuos creativos», destruidos por las revoluciones y las gigantes guerras del sangriento e inhumano siglo XX.

El artículo de Merezhko le falta una quinta causa: la muerte de sus familiares. En 1918, su hermano Seweryn, médico, se trasladó a un área de Ucrania en donde la cólera, la influenza española y el tifus era generalizada. Nunca volvió. Sus hermanas, Michalina y Jadwiga fallecieron en 1918 y 1931. Su sobrino Stanislaw, piloto de guerra, fue derribado en 1918, mientras sobrevolaba el Imperio Austrohúngaro. Su otro sobrino, Adam, capitán en el ejército *polaco*, fue asesinado defendiendo Lwów en 1920. Es claro que, como indica Aleksejs Petrazickis, el apoyo

de su esposa y su sobrino Tadeusz, no eran suficientes ante la magnitud de su depresión.

Por todas estas explicaciones, por los trasfondos filosóficos con los que he intentado reconstruir el tapiz humano a lo largo del ensayo, para mí, el suicidio de Leon Petrażycki cristaliza lo *trágico*. El punto final de una época y su historia y el último acto de rebeldía de una persona sensible frente a ella. Escribía Hegel, «el búho de Minerva extiende sus alas sólo con la caída del crepúsculo». Petrażycki sintió el peso del crepúsculo, y en su vértice, en el ocaso de su era, pudo comprender las consecuencias que el nuevo siglo traería para la vida de las personas.

En un siglo cruel, obsesionado en mostrarnos la forma auténtica de cómo se relacionan los hombres, nada nos cuesta, como dijo Borges, ser más buenos con las personas y darles la razón.

Bibliografía

- Berlin, I. (1990). *The Crooked Timber of Humanity*. Alfred A. Knopf.
- Bodenheimer, R. (2016). *Edgar and Brigitte: A German Jewish Passage to America*. The University of Alabama Press.
- Brożek, B., Stanek, J., Stelmach, J., & Brodotzek, B. (2019). *Russian Legal Realism* (Vol. 125, 1st ed. 2018). Springer Nature.
- Gorecki, J. (1975). *Sociology and Jurisprudence of Leon Petrażycki*. University of Illinois Press.
- Fittipaldi, E., & Treviño, J. (2023). *Leon Petrażycki: Law, Emotions, Society*. Routledge.f
- Merezhko, A. A. (2012). *The Mystery of a Legal Philosopher's Death: L. I. Petrażycki*. Journal of Comparative Law, 7(1), 108-114.
- Petrażycki, L. I. (1955). *Law and Morality*. Harvard University Press.
- Sorokin, P. A. (1956). [Review of Law and Morality, by L. Petrażycki & H. W. Babb]. *Harvard Law Review*, 69(6), 1150–1157.
- Timasheff, N. S. (1946). *The Great Retreat: The Growth and Decline of Communism in Russia*. E. P. Dutton & Company, Inc.
- Timasheff, N. S. (1946). *Three Worlds: Liberal, Communist, and Fascist Society*. The Bruce Publishing Company.
- Tocqueville, A. de, & Serrano Gómez, E. (1998). *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Fondo de Cultura Económica.
- Vargas Llosa, M. (2019). *Tiempos Recios*. Alfaguara.
- Wróblewski, J. (1982). Morality of Progress – Social Philosophy of Leo Petrażycki. *Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie*, 68(3), 359–371.